

Y así en el cuento galano
o en la novela rural
dió la nota original,
desnuda de acento ajeno,
porque su tono es chileno,
criollo auténtico, racial.

La manifestación de que se hizo objeto a Mariano Latorre y a la cual concurrió un centenar de personas, demostró que la obra de exaltación de la vida chilena en sus aspectos campesinos, ha sido comprendida y valorizada en nuestro país.

Una campaña de trascendencia

La Sociedad de Escritores ha emprendido una campaña que merece el estímulo y el aplauso de todos. Sabido es que las editoriales chilenas, la mayoría por lo menos, han dedicado gran parte de su esfuerzo a la edición de libros europeos traducidos al español por personas que apenas conocen el propio idioma. Puede calcularse los efectos desastrosos que derivan de estas circunstancias, toda vez que una traducción infiel es una falsificación de la obra y, por lo tanto, un verdadero engaño para el público. O se encomienda la traducción de los libros europeos a personas solventes, que sean capaces de cubrir la mercadería literaria con su responsabilidad o se evita que se produzcan tales desaguizados artísticos. La traducción de un libro no es una empresa sencilla para encomendarla al primero que pasa o al primero que se presenta con aspiraciones de ganarse un honorario. Arte difícil, complicado, de sensibilidad literaria, de conocimiento, de erudición, de conciencia profesional. De antemano el traductor debe saber escribir, en su propio idioma. Nos parece lo más elemental. Como el documento dirigido a los directores de las editoriales, nos parece interesante, lo reproducimos en seguida:

SEÑOR DIRECTOR:

La Sociedad de Escritores de Chile se ocupó en una de sus últimas reuniones de Directorio de la conveniencia que habría de dignificar un oficio literario que ha alcanzado en nuestro país, durante los últimos años, gran auge y desenvolvimiento, como el oficio de traductor. Está creciendo en Chile una industria editorial que ya no sólo abastece de libros al mercado chileno, sino penetra y se expande por todos los países del continente. Nuestras casas editoriales—con señaladas excepciones— se dedican de preferencia a la traducción y difusión en lengua española de obras extranjeras. Ello explica la nueva y señalada importancia que adquiere el traductor en dichas empresas editoriales. Se ha advertido que en la prisa de producir y divulgar en nuestro idioma las últimas novedades europeas, muchas de las traducciones realizadas en Chile carecen de solvencia gramatical o literaria. Junto a una media docena de traductores conscientes y estimables que poseen y dominan su difícil oficio, abundan los que hacen un trabajo tosco y precipitado, deforman los textos, se ciñen a la versión literal y no valorizan—por incompetencia—lo que es primordial en toda obra literaria: la dignidad de la forma y del estilo. Como ejemplo de ello la Sociedad de Escritores de Chile hizo en alguna de sus últimas reuniones el examen y verificación lamentable de algunas obras traducidas en Chile y donde el nombre de los grandes maestros que las prestigian suena casi como un escarnio. Puede, pues, afirmarse que muchas traducciones fueron confiadas a personas que carecían de la destreza que requiere un trabajo de este género. La Sociedad de Escritores de Chile desea por ello determinar y poner en claro que el oficio de traductor es fundamentalmente un oficio literario, y que exige mayor responsabilidad y dominio técnico que el que se le ha atribuído en nuestro país.

Hay que tomar además, en cuenta, que el crédito y probidad intelectual de la nación chilena y hasta el porvenir próspero y serio de nuestra industria librera, están comprometidos en la bondad y alta calidad intrínseca con que el libro editado en Chile se lance al mercado internacional. La industria del libro es singularmente una industria cualitativa. La demanda y respeto que obtenga el libro chileno no sólo importa al comercio y la economía, sino es también un problema considerable de política cultural.

No pretendemos inmiscuirnos en iniciativas privadas, no queremos orientar el comercio librero ni presionar a las empresas editoras, cuando defendemos y determinamos la calidad literaria que requiere un oficio como el de traductor, la conveniencia de retribuirlo dignamente y de confiarlo a personas que posean la debida solvencia mental. Sabe la Sociedad de Escritores que no sería un sacrificio imposible para nuestras casas edi-

toriales atender con más pulcritud y constante esmero al servicio de traducciones. Podría formarse una lista de traductores señaladamente competentes en esta actividad intelectual o hasta solicitar del Estado que en los Cursos Universitarios de Letras y Filología se adiestrasen, hasta obtener el respectivo certificado o título, quienes quieran dedicarse al mencionado oficio. No con propósito de intervención, sino de cooperación intelectual, de afirmar y defender el prestigio de las letras chilenas, la Sociedad de Escritores colaboraría con las editoriales—como ya lo ha hecho en otras oportunidades—en cuanto signifique enaltecimiento y crédito del libro chileno.

La Sociedad de Escritores de Chile invita, pues, y muy cordialmente a los señores editores a meditar y a atender a la solución de un problema literario que interesa a todos nuestros trabajadores intelectuales. No lo hemos abordado con propósito o criterio exclusivista, sino pensando en el buen nombre de la cultura nacional.

Saluda muy atentamente al señor Director.

Por DIEGO MUÑOZ
Secretario

Por ALBERTO ROMERO
Presidente

La muerte de Aníbal Ponce

Inesperadamente ha llegado la noticia de la muerte del eminente escritor argentino Aníbal Ponce, ocurrida en un accidente del tránsito en Méjico, ciudad en donde residía el escritor. Aníbal Ponce era Doctor en Filosofía y Director del Instituto de Estudios Superiores de Buenos Aires y catedrático hasta hace poco en la Universidad. Había sido desposeído de su cátedra por su actuación va'erosa en la defensa de las ideas democráticas. Fundador de la Revista de Filosofía y animador de innumerables actividades editoriales, su figura intelectual sobrepasaba con mucho la estatura de algunos de los que en la vecina República lograron una patente de renombre. La obra de Aníbal Ponce es extensa y comprende el ensayo educacional, la monografía histórica, el análisis de las grandes inquietudes que sacudían la conciencia de América. Deja un